

Ellas vinieron a enseñarnos Relaciones jerárquicas intragénero en el trabajo de la agroindustria*

MARÍA ISABEL MORA LEDESMA**

*La incorporación de las mujeres al trabajo agroindustrial como empacadoras de jitomate en el Valle de Arista, San Luis Potosí, estuvo asociada con la llegada de trabajadoras de Sinaloa, expertas en seleccionar y empacar esta hortaliza. Las sinaloenses iniciaron a las mujeres potosinas en este oficio, desconocido en esta zona hasta antes de la década de los ochenta. En el presente artículo se describe cómo se dio este proceso de incorporación que estableció una estructura de relaciones jerárquicas entre las trabajadoras locales y las de Sinaloa en estos espacios laborales. **Palabras clave:** agroindustria, trabajo femenino, cultura laboral.*

Introducción

A principios de los años ochenta, el Valle de Arista, S.L.P., se vio afectado por el establecimiento de los primeros empaques¹ de jitomate de origen sinaloense. El trabajo agroindustrial implantó una nueva cultura laboral basada en diferencias genéricas y jerarquizada por la actividad y el espacio de trabajo. Se aprendieron nuevos oficios y se propició una segmentación vinculada con la división del trabajo por sexo, edad, condición étnica, calificación y experiencia.

Con los empaques sinaloenses llegaron las *empacadoras*, como eran llamadas las mujeres de Sinaloa que empacaban el jitomate. Estas trabajadoras eran reconocidas en el país por su calificación y experiencia en este oficio. Las sinaloenses se convirtieron en las maestras y referentes laborales de las mujeres potosinas.

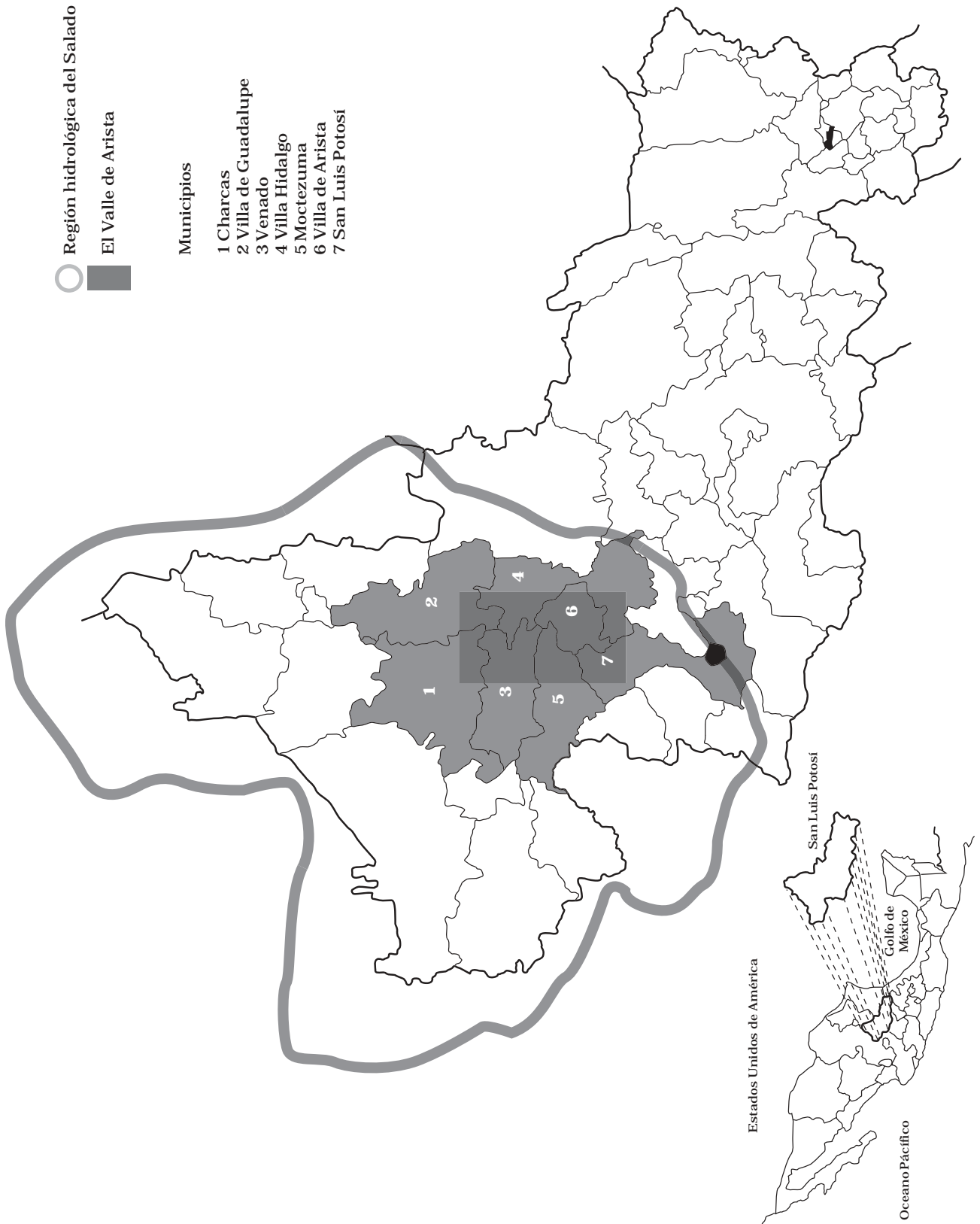
El objetivo de este artículo es abordar el proceso de incorporación de las mujeres al trabajo en los empaques de jitomate en el Valle de Arista. Al dilucidar sobre las relaciones laborales entre las trabajadoras locales y las de Sinaloa, se puede mostrar la existencia de una estructura de relaciones jerárquicas intragénero a partir de las siguientes variables: origen, edad, experiencia y particularidades de prestigio en estos espacios. En el primer apartado hago referencia a la instalación de la agroindustria en el Valle de Arista; posteriormente describo la organización del trabajo en estos lugares para mostrar las variables que determinan el perfil de estas trabajadoras; ahí aludo a las relaciones laborales entre las trabajadoras del Valle de Arista y las procedentes de Sinaloa, y finalmente muestro la representación del trabajo de las mujeres locales bajo el referente de Sinaloa.

* Artículo recibido el 19/03/04 y aceptado el 27/05/04.

** Profesora investigadora de El Colegio de San Luis, Coordinación de Estudios Antropológicos. Parque de Macul, núm. 155, fracc. Colinas del Parque, C.P. 78299, San Luis Potosí, S.L.P. Correo electrónico: imora@colsan.edu.mx

¹ Espacios donde se selecciona y empaca el jitomate.

Mapa 1
San Luis Potosí, México



La agroindustria en el Valle de Arista: una adaptación al modelo sinaloense

A principios de la década de 1980 se inició una nueva etapa en la agricultura del Valle de Arista,² relacionada con la llegada de empresas agroindustriales, provenientes principalmente de Sinaloa. En este periodo se instalaron los empaques que eran filiales de empresas matrices en dicho estado. Éstos conservaron en el Valle de Arista la misma razón social, así como el mismo modelo de producción que en Sinaloa, y transportaron a la zona a su personal de confianza (véase gráfico 1).

La razón de este desplazamiento agroindustrial norteño al altiplano potosino estuvo relacionada con la estrategia de los productores sinaloenses de ampliar el ciclo agrícola de jitomate en el mercado nacional. Esto puede interpretarse como una necesidad de los sinaloenses de abarcar el mercado del país, cuando la mayor parte de su producción estaba dirigida al de exportación, en un momento en el cual había disminuido su participación debido a la competencia con Sonora y Baja California (Lara, 1998).

Como parte de esta reorientación, los empresarios sinaloenses llegaron al Valle de Arista y lo consideraron un lugar propicio para llevar a cabo su expansión: contaba con abundantes tierras, vírgenes y ricas, con disponibilidad de agua de calidad gracias a pozos de buen rendimiento. Otro atractivo era la disponibilidad de una mano de obra regional.

El proyecto de los productores sinaloenses fue concebido como una acción exitosa y de “apoyo” al desarrollo de la región, a la cual, según algunos empresarios expresaron: “Ellos trajeron el progreso y el trabajo al valle, lugar donde no había nada”.

Los empaques mecanizados introdujeron las tecnologías usadas en Sinaloa desde los años sesenta. Los empresarios sinaloenses contaban ya con 20 años de experiencia usando esta tecnología y habían formado un personal especializado en los procesos de empaque. Por ello, con la instalación de los empaques llegaron también trabajadores de Sinaloa para trabajar y enseñar a la gente local los oficios del embalaje de jitomate.

El funcionamiento del trabajo local se modificó al integrar nuevas categorías, condiciones y relaciones laborales asociadas a la oferta y la demanda de las nuevas empresas agroindustriales de la región. Lo anterior

se expresó en los procesos de indigenización, infantilización y feminización del trabajo. Esta organización constituyó la base para una segmentación sexual y étnica del mercado de trabajo en el Valle de Arista (Maisterrena y Mora, 2000).

Las tareas relativas a los procesos de empaque de jitomate, tanto como su selección, empaque y las actividades en torno a ellas, eran desconocidas por la población local. Los trabajadores especializados en empaque eran principalmente mujeres con mucha experiencia –quienes habían aprendido el oficio de sus abuelas y madres (véase Lara, 1993)–, las cuales llegaron al valle con contrato y prestaciones previas desde Sinaloa. El personal sinaloense se hospedaba en *cuarterías*, que los empresarios construyeron junto a los empaques, con servicios de agua, luz y gas. El personal masculino de confianza proveniente de Sinaloa eran los supervisores y los encargados del empaque y de contratar a los empleados. De esta manera, el trabajo en los empaques quedó bajo el control del personal de Sinaloa. La gente local fue contratada para hacer las tareas peor pagadas, como el rezago,³ que hacían las jóvenes locales instruidas por las sinaloenses.

La mecanización de los empaques implantados por las nuevas empresas introdujo una rígida división de tareas bajo el esquema fordista de cadena de montaje. Cada trabajador realizaba sólo una parte del proceso productivo. Por ejemplo, las mujeres locales se encargaban de seleccionar el jitomate y las sinaloenses de empacarlo. Las primeras no sólo desconocían la técnica del empaque, sino que ni siquiera contaban con la posibilidad de llegar a ser empacadoras. Este proceso fue similar a lo ocurrido en Sinaloa en la década de los sesenta (Lara, 1998), a excepción de que en ese estado toda empacadora empezaba como rezagadora y era introducida en la actividad del empaque de acuerdo con su habilidad, procedimiento que no ocurrió en Arista.

Los empaques y la organización del trabajo

El proceso del empaque se inicia cuando la hortaliza entra a los empaques para ser seleccionada por tamaño y color, para embalarla después. El empaque comprende los siguientes pasos: vaciado del jitomate al tanque de recepción para lavarlo; luego se seca, se encera, se

² El Valle de Arista está ubicado en el altiplano potosino a 86 km al norte de la ciudad de San Luis Potosí y es considerado una de las principales zonas horticolas del estado.

³ El rezago consiste en seleccionar el jitomate por tamaño y color. *Rezaga* es el nombre que se le da en Sinaloa a la selección del empaque para el mercado nacional (con requerimientos menos estrictos que la selección para la exportación). En Sinaloa se coloca en la rezaga a las mujeres que se inician en los empaques; posteriormente pasan a seleccionar el jitomate de exportación y de ahí ascienden a empacadoras.

selecciona, empaqa y revisa; posteriormente las cajas se cierran, marcan, estiban y etiquetan. Por último, se carga y traslada al mercado. Todas estas etapas se realizan en forma intensiva desde principios del mes de junio y bajo un apremio del tiempo que dictan el mercado y lo perecedero del producto.

Dentro de los empaques, los trabajos de selección y empaque los hacen las mujeres. Los hombres realizan labores que requieren mayor esfuerzo físico, como armar las cajas de madera, trasladarlas, estibarlas y clavarlas, así como el mantenimiento y el control de las máquinas, mientras que las tareas femeninas son aquellas en las cuales se necesita habilidad manual, delicadeza, rapidez, detalle y paciencia. El empaque diferencia la mano de obra por tareas en las que cada trabajador desarrolla de forma parcelada una misma y repetitiva etapa del trabajo.

La infraestructura de estos lugares está organizada de manera que, en las diferentes etapas del proceso, las tareas puedan realizarse en secuencia, con el fin de optimizar el tiempo. El jitomate es transportado en bandas mecanizadas donde las trabajadoras se ubican de acuerdo con su grado de experiencia; es decir, las más hábiles seleccionan las primeras calidades; las rezagadoras van seleccionando el jitomate por tamaño y color correspondiente a la calidad asignada, y lo envían a los bancos de donde las empacadoras lo recogen para colocarlo en las cajas. Los jefes de empaque y las revisadoras, las mujeres de mayor experiencia, se encargan de mantener el orden y de vigilar, controlar, dar permiso y reprender a las trabajadoras para que ejecuten su tarea en forma rápida y eficiente.

El rezago es una tarea exclusiva de las trabajadoras locales, quienes han adquirido esta habilidad por su experiencia de trabajo en varias temporadas. Ascenden en rango por la calidad del producto que seleccionan según su habilidad, pero el estatus no se refleja en el salario. El empaque es actividad exclusiva de las mujeres de Sinaloa. La calidad y la presentación del producto son requisitos fundamentales para mantener la preferencia y el prestigio de la empresa en el mercado, por lo que esta actividad representa para ella una función estratégica. Por tanto, los empaques se ven obligados a tener más cuidado y especialización, lo cual explica porqué se contrata a estas mujeres.⁴

La urgencia con que tiene que ser empaqueado el jitomate requiere de gran flexibilidad en el horario de



trabajo, además de que la cantidad de jitomate para empaquear es variable. En algunos periodos las jornadas son excesivamente largas, y en otros, debido a que no hay jitomate cosechado, el proceso se suspende sin que los trabajadores puedan salir del empaque, a menos que se anuncie que ya no habrá jitomate.

Cuando la producción es alta, los empaques laboran de 12 a 14 horas en un solo turno; ello garantiza un ingreso mayor para los trabajadores al cobrar horas extra. El salario de las rezagadoras por jornada de ocho horas es variable. En el año 2000, la mayor parte de los empaques pagaban a las rezagadoras salarios diarios de 50 pesos, aunque hubo algunos que pagaban 40 y otros hasta 70 pesos. Las horas adicionales se pagan de siete a diez pesos por hora.

A las sinaloenses se les paga a destajo. Las empacadoras reciben un peso por cada caja empaçada. La

⁴ En algunos empaques se ocupan hombres. Su incorporación al empaque tiene que ver con el descenso de la producción en el valle en los últimos cuatro años. Ante este panorama, algunas empresas sinaloenses han disminuido a su personal de empacadoras traídas directamente de Sinaloa, porque no les conviene a las empresas ni a las trabajadoras. De este modo, los hombres locales han asumido esta tarea, la cual era exclusiva de las mujeres de Sinaloa.

productividad de estas trabajadoras es de 300 a 350 cajas por día y depende de la cantidad de jitomate cosechado diariamente.

En las bandas, decenas de mujeres son asignadas conforme a su habilidad manual y visual para distinguir con rapidez diferencias mínimas en el producto. En los bolillos son colocadas las rezagadoras que apenas se inician en esta actividad. El jefe de empaque (por lo general un hombre de Sinaloa) designa a las trabajadoras en las posiciones de las bandas conforme a sus destrezas, experiencia y hasta atributos físicos. Así, las mujeres más bellas y con mayor experiencia ocupan las primeras posiciones, donde se selecciona el jitomate de primera calidad. Al otro lado de la banda, las empacadoras, mujeres de Sinaloa, reciben el producto seleccionado para colocarlo en las cajas. Una vez empacadas, éstas son conducidas por una banda para su revisión a cargo de la empacadora con más experiencia. Después de pasar el estricto control de calidad, la caja se clava y etiqueta con la firma del empaque. Las cajas listas son clasificadas por el estibador (regularmente, un hombre de Sinaloa), quien con criterios de calidad, madurez y tamaño es el responsable de colocar la carga para su transporte al mercado.

La organización de este trabajo está a cargo del jefe de empaque, responsable del ritmo del trabajo, de controlar la velocidad de las bandas y de asignar cargos, puestos y posiciones de los trabajadores en los diferentes puntos del proceso (véase gráfico 1).

El perfil de las trabajadoras

Este apartado se basa en una encuesta realizada durante el ciclo verano-otoño de 1999. Cuando ésta se llevó a cabo, operaban en el valle 15 empaques con un total de 1 625 trabajadores, de los cuales 822 eran mujeres: 772 locales y 50 de Sinaloa.⁵ Las trabajadoras entrevistadas fueron 334 locales y 48 sinaloenses.

Edad y estado civil

La población local que labora en los empaques es muy joven; 89% tiene entre diez y 25 años, mientras que la mayor parte de las empacadoras de Sinaloa son un poco más grandes (77% era mayor de 20 años) (véase cuadro 1).

Gran parte de las trabajadoras locales eran solteras (82%) –en el valle la edad promedio del matrimonio es

Cuadro 1
Edad de las trabajadoras

Grupo de edad por años	Locales	%	Sinaloa	%
10-14	49	15	1	2.0
15-19	177	53	10	21.0
20-25	71	21	15	31.0
26-30	16	5	7	14.5
31-35	8	2	9	19.0
36 y más	13	4	6	12.5
Total	334	100	48	100

Fuente: Trabajo de campo, cuestionarios aplicados, Valle de Arista, 1999.

entre los 16 y los 18 años–, y sólo 10% estaba casado. El resto se conformaba de viudas, divorciadas o en unión libre. Sólo 15% de las mujeres locales que trabajan en los empaques tenía hijos.

En el grupo de las sinaloenses 56% era soltero y 23% casado. Este último grupo manifestó que se casó entre los 19 y los 23 años, es decir, después que las locales.

Buena parte de las mujeres locales casadas se integra al trabajo en los empaques al finalizar su ciclo reproductivo, aunque la mayoría empieza a laborar antes de casarse y dejan de trabajar durante los primeros años de matrimonio, por el embarazo y la crianza de los hijos. Cuando por necesidades económicas o de migración de los esposos las mujeres se integran al trabajo, el cuidado de los hijos corre a cargo de las madres de las trabajadoras o de sus hijas mayores. Entre las casadas, ninguna mencionó que su cónyuge las apoyara en el cuidado de los hijos o en los quehaceres domésticos (véase cuadro 2).

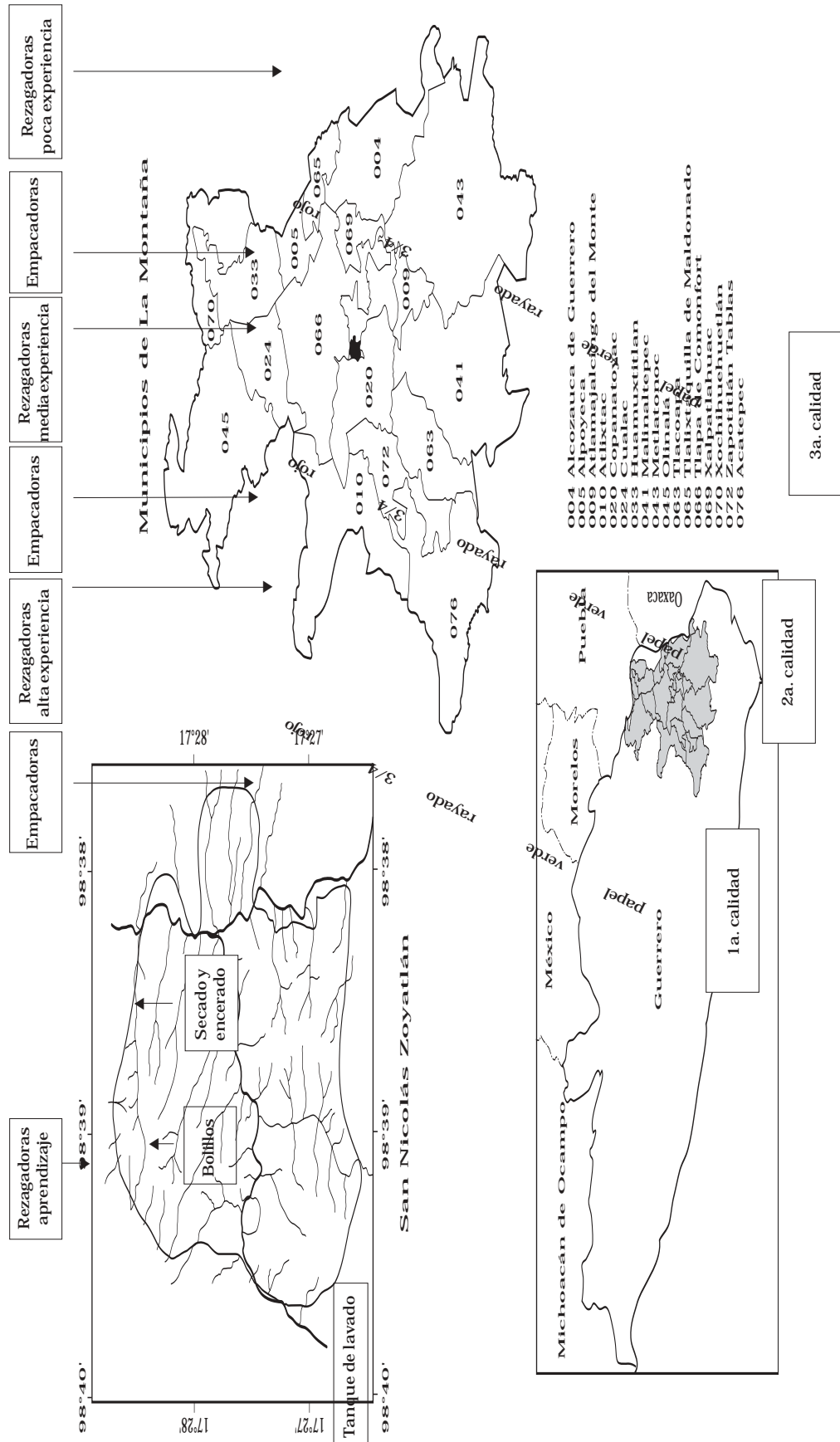
Cuadro 2
Estado civil

Estado civil	Locales	%	Sinaloa	%
Solteras	274	82.0	27	56.0
Casadas	35	10.5	11	23.0
Madre/solteras	9	3.0	5	10.5
Divorciadas	5	1.5	1	2.0
Unión libre	7	2.0	4	8.5
Viudas	4	1.0		
Total	334	100	48	100

Fuente: Trabajo de campo, cuestionarios aplicados, Valle de Arista, 1999.

⁵ Cabe mencionar que en ese año la crisis había hecho reducir la contratación de personal de Sinaloa. Sólo dos empaques contrataron empacadoras sinaloenses durante la temporada alta.

Gráfico 1
Posiciones de aprendizaje y experiencia de las trabajadoras en los empaques



Escolaridad

Tanto la población femenina local como las migrantes de Sinaloa tienen niveles educativos similares. Entre las locales, 25% no tiene primaria completa, 19% en el caso de las sinaloenses; mientras que 40% de estas últimas completó la primaria, y este porcentaje se reduce a 32% en las locales. Sin embargo, los porcentajes son casi los mismos para las que tienen secundaria incompleta. En ningún caso fue significativa la participación en estudios de bachillerato o técnicos. Huelga decir que el nivel de escolaridad no influye en el tipo de contratación de las mujeres en los empaques, lo cual está relacionado directamente con la experiencia laboral (véase cuadro 3).

Cuadro 3
Origen y nivel de educación

Estudios	Locales %	Sinaloa %
Primaria incompleta	25.0	19
Primaria completa	32.0	40
Secundaria incompleta	11.0	12
Secundaria completa	26.0	21
Bachillerato incompleta	2.0	2
Bachillerato completa	0.5	4
Técnico	0.5	
No estudió	3.0	2
Total	100	100

Fuente: Trabajo de campo, cuestionarios aplicados, Villa de Arista, 1999.

Aprendizaje y experiencia laboral

Los trabajos femeninos en los empaques (rezago y empaque) son oficios que se aprenden durante varias temporadas y requieren habilidades manuales, visuales e, incluso, olfativas, para no dejar pasar algún producto en mal estado; sin embargo, ninguno se considera calificado.

Hoy en día, las rezagadoras son introducidas a esta tarea a través del encargado o la revisadora. El aprendizaje implica pasar por diferentes posiciones en la banda durante el proceso de selección. Las trabajadoras de reciente ingreso son colocadas en los bolillos,

donde se elimina el producto que no está en condiciones de ser empacado, y aprenden a distinguirlo bajo la supervisión de una revisadora. En esta posición, las principiantes pueden pasar algunas semanas o toda la temporada, según sus habilidades. Después, pasan a “rezagar en banda”, donde aprenden a distinguir los diferentes colores y tamaños, asociados a las calidades; son enseñadas y supervisadas por el encargado, quien las va cambiando de lugar día con día a lo largo de las primeras semanas, para que se familiaricen con las diversas variedades.

En la etapa de aprendizaje las nuevas trabajadoras son apoyadas por sus compañeras; por eso la mayoría señaló que aprendieron solas, “viendo cómo lo hacían las otras”. Esta etapa suele durar una semana, aunque no se adquiere habilidad y rapidez hasta después de participar al menos en una temporada (cinco meses). Las empleadas locales no conocen otras tareas; 72% de ellas comentó no haber realizado otra actividad dentro del empaque.

El aprendizaje de las sinaloenses es diferente. Inicia en el rezago, donde obtienen conocimiento como empacadoras desde su entrada a la empresa; 50% dijo que aprendió solo, en un tiempo muy variable (desde una semana hasta tres años), y lo mismo sucedió para adquirir la habilidad (de 15 días a tres años); 75% ha realizado todas las tareas dentro del empaque (incluyendo rezago); y únicamente 25% sabe empacar.⁶

El nivel de experiencia de las mujeres rezagadoras locales está dado por la duración de su vida laboral, la cual suele iniciarse entre los 11 y los 16 años de edad; y comienza a disminuir su participación a partir de los 20 años. Edad y antigüedad son factores determinantes en la experiencia laboral (véase cuadro 4).

Como se observa en el cuadro 4, la experiencia laboral de la mayoría de las rezagadoras es de uno a cinco años (47% de las trabajadoras). Para 22% de ellas es su primer empleo, y el grado de deserción después de los primeros seis años es considerable. Estos datos indican que se trata de mano de obra en constante rotación, y que la carrera laboral para las mujeres locales es de aproximadamente cinco años. En algunos casos el trabajo se interrumpe por el matrimonio y la crianza de los hijos, y se reanuda después. En otros, las mujeres no se casan y continúan su vida laboral. También se da la incorporación de mujeres casadas y mayores, por necesidades familiares.

⁶ Los estudios de Ronner (1981), Salazar (1986) y Lara (1993) plantean que el aprendizaje de las mujeres en Sinaloa comenzaba desde los 12 o 15 años, al ayudar a sus madres o hermanas. En Arista el aprendizaje no se hace por transmisión generacional, sino el empaque se constituye como el espacio de aprendizaje del oficio.

Cuadro 4
Años de experiencia por grupo de edad de las rezagadoras

Años de experiencia	10-14	15-19	20-25	26-30	31-35	36 y más	N°	%
1a. vez	24	40	8	1			73	22
1-5	19	114	18	3	4	3	161	50
6-10	1	22	37	3	3	4	70	22
11-15		1	7	4	1	1	14	4
Más de 15			1	3	1	2	7	2
Total	44	177	71	14	9	10	325*	100%

* 9 no contestaron.

Fuente: Trabajo de campo, cuestionarios aplicados, Valle de Arista, 1999.

En cuanto a las empacadoras de Sinaloa éstas son portadoras de mayor calificación: 77% empezó a trabajar entre los 12 y los 16 años de edad; 77% es mayor de 20 años, y 66% tiene de seis a 13 años de experiencia (véase cuadro 5).⁷

Conforme al cuadro 5, 4.42% de las empacadoras tiene más de una década de experiencia, lo cual indica una carrera laboral con pocas interrupciones; 65% viaja al Valle de Arista desde hace más de tres años, y 19% desde hace más de diez. La mayoría ha trabajado siempre para el mismo empaque. Los datos muestran su gran experiencia en el oficio, su elevada disposición para migrar y la existencia de relaciones laborales estables con los dueños de los empaques.

La forma de pago influye en las actitudes ante el trabajo. Las rezagadoras platican entre ellas, descuidan sus posiciones y hasta llegan a faltar algún día. Las empacadoras, en cambio, ganan por caja empacada. Por eso platican poco, sólo abandonan su posición en caso de emergencia, trabajan con rapidez y eficiencia, ya que las cajas con producto inapropiado se les devuelven y no se les contabiliza. Puesto que faltar al trabajo significa una pérdida importante en sus percepciones, lo evitan, sobre todo si les toca empacar en las primeras líneas, en donde se encuentra el tomate de mejor calidad. Las rezagadoras tienen poca movilidad en la banda, pero las empacadoras van cambiando de posición cada día, para que todas tengan la misma oportunidad de empacar todas las calidades. Todas prefieren las primeras líneas porque allí es más fácil empacar, pues el tomate es más grande, hay mayor cantidad disponible y así pueden elevar su productividad.

El ingreso de las empacadoras está determinado por su productividad, lo cual está sujeto a que el empaque sea abastecido constantemente. En la temporada de máxima producción la jornada puede durar entre diez y 14 horas, con lo que el ingreso diario suele elevarse. Al comienzo y al final de la temporada las empacadoras apenas obtienen un ingreso similar al de las rezagadoras. No obstante, todas se ven obligadas a permanecer en el empaque hasta el final de la jornada, sin que se vean compensadas por la falta de producto. Por tal motivo algunas empresas traen por lo general a las empacadoras sinaloenses sólo durante la temporada alta, ya que a ellas no les conviene trabajar por un ingreso bajo. En las temporadas bajas las empresas prefieren contratar hombres locales.

En este apartado se ha intentado describir el perfil de este mercado femenino en el medio rural, de manera que permita ver las características y condiciones del mismo. Vimos cómo el trabajo en los empaques constituye una actividad generalizada de la población del valle. Las mujeres locales no buscan trabajo, sino que responden a la oferta de los empaques durante el ciclo verano-otoño; acceden a laborar en ellos para apoyar a sus familias, porque el salario les da autonomía, y pueden conocer gente y tener más posibilidades de establecer relaciones afectivas con jóvenes varones. La mayor parte declaró que les gustaba. Aunque las condiciones laborales son pésimas, el clima en el trabajo, generalmente de solidaridad y confianza, es un factor de contrapeso.

⁷ Ronner (1981) encontró, para el caso de Baja California, que 80% de las trabajadoras migrantes de Sinaloa tenía mucha experiencia. Las empacadoras (locales y migrantes) reúnen ciertas características que las distinguen del resto. Descubrió que la edad no era una limitante para desempeñar esta ocupación, siempre que se contara con un mínimo de años de experiencia (cinco aproximadamente). Entre las jóvenes la edad promedio fue de 19 años y una experiencia media de 6.5 años. Para las mujeres mayores de 25, el promedio de edad fue de 34 años y una experiencia media de 14. En ambos grupos observó una incorporación al trabajo en los empaques desde muy temprana edad, lo cual explica la habilidad y la destreza adquiridas mediante sus años de labor.

Cuadro 5
Años de experiencia por grupo de edad de las empacadoras de Sinaloa

Años de experiencia	15-19	20-25	26-30	31-35	36 y más	N°	%
1-5	11	3		1	1	16	34
6-10		7	3	2		12	24
Más de 10		3	6	7	4	20	42
Total	11	13	9	10	5	48	100

Fuente: Trabajo de campo, cuestionarios aplicados, Valle de Arista, 1999.

La figura emblemática de las sinaloenses

¿Cómo son las relaciones entre estos dos grupos de trabajadoras que, si bien laboran en los mismos espacios, presentan enormes diferencias que las sitúan en diferentes condiciones de trabajo? Desde que llegaron al valle, las empacadoras de Sinaloa se volvieron las protagonistas en estos espacios laborales, y su presencia fue relevante en el trabajo femenino de la zona. Ellas se dieron a la tarea de invitar a las jóvenes a trabajar en los empaques; de casa en casa, y aun con la resistencia de los padres, lograron que algunas se integraran como rezagadoras. Así, reclutaban personal y eran responsables de su aprendizaje y desempeño ante los empresarios. Gracias a las empacadoras pioneras las agroindustrias resolvieron el problema de la mano de obra.

Las sinaloenses contaban con toda la confianza de los empresarios, quienes les otorgaban gastos de pasaje, traslado, vivienda con servicios, y algunos hasta les pagaban utilidades, lo que las colocaba en mejores condiciones laborales respecto a la población local.

A pesar de la férrea oposición de los hombres, las mujeres del lugar, sobre todo las solteras, acudieron gustosas a esta nueva fuente de empleo que les permitía aportar y disponer de ingresos. La oposición de los hombres se debía al doble atentado contra su papel de género: el trabajo femenino cuestionaba su capacidad de cumplir con su deber de sostener económicamente a la familia, y les impedía controlar los “ires y venires” de sus mujeres.

El desmoronamiento de las críticas a las trabajadoras se dio por varios factores. Como el trabajo en los empaques era principalmente para trabajadoras solteras permitió salvar el papel de madre/esposa. Pero quizá lo más contundente fue que las jóvenes entregaban a sus padres su salario íntegro, lo que en un contexto rural, con muchas carencias, aliviaba en cierta medida la difícil situación de las familias. La resistencia a cambios en los papeles de género se rompió

ante el reconocimiento de la raíz estructural de las dificultades, sin cuestionar la capacidad del jefe de familia para sostener al grupo. Ante los ojos de la comunidad se justificaba la necesidad del trabajo de las mujeres en términos exclusivamente económicos.

La llegada de las sinaloenses no sólo tuvo efecto en lo relativo al trabajo, sino también en cuanto a nuevos modos de ser mujer, que se manifestaban en comportamientos abiertos de lenguaje y actitudes, y en nuevas formas de vestir y maquillarse que resaltaban su personalidad. Ellas eran mujeres experimentadas en su oficio, que habían viajado a distintas regiones tomaterras del país, lo cual les otorgaba una personalidad particular en el ámbito laboral. Además, contaban con una red de relaciones amistosas con supervisores, ingenieros y empresarios, que les daba ciertos privilegios en relación con las trabajadoras locales, como el pago de utilidades y puestos de supervisión.

Las sinaloenses eran vistas con respeto y recelo por el sector femenino; así lo ilustra el testimonio de doña Seferina:

Cuando venían nos asustábamos todas porque ellas venían muy bonitas, muy arregladas, muy bien vestidas, bonitas, muy altas y todo, pero ya empezó la gente con ellas conociéndolas más. Las muchachas de aquí las veían muy distintas, pero luego empezaron ellas a aprender a arreglarse también, pos traían todo lo bonito ellas.

Y eran admiradas por el sector masculino: “Ellas nos trajeron alegría y hasta a bañar nos enseñaron”, tal como lo afirmó un productor.

Podemos suponer que, en ese tiempo, la imagen de las mujeres sinaloenses, como trabajadoras eficientes, autónomas y bellas, constituyó el referente femenino para las locales. Actualmente, si en domingo se recorren los galerones donde se hospedan las sinaloenses, se ven éstos transformados en salones de belleza y desfiles de modas, con fondo de música norteña. Margarita, la enganchadora, reúne a todas las empacadoras y les

organiza demostraciones de belleza para probar los nuevos maquillajes, las mascarillas y los cosméticos. La estilista les hace cortes, tintes y peinados de moda, mientras que por otro lado algunas se prueban ropa de vestir y audaces prendas íntimas. Por la noche acuden a la “disco” o a los bailes, que durante la temporada de tomate son frecuentes en Valle de Arista.

Una práctica cotidiana de trabajo

Para explicar las representaciones del trabajo de las mujeres locales, bajo el referente de las trabajadoras sinaloenses, describo una práctica cotidiana de un día de trabajo en los empaques de jitomate.

En cuanto al espacio laboral, analizo el empaque Express como estudio de caso. Éste pertenece a empresarios locales y está ubicado a cinco kilómetros al norte de la cabecera municipal de Valle de Arista, en la comunidad de San José del Arbolito, de donde son originarias la mayor parte de las rezagadoras. Sólo una parte del camino está pavimentada, el resto es de terracería, y el transporte muy escaso. Sus habitantes, como los de la mayoría de las comunidades de la región, se desplazan en carretas o a pie, y algunos cuentan con viejas camionetas americanas adquiridas a través de la Unión Campesina Democrática (UCD).

La comunidad de San José del Arbolito, como muchas de la región, fue ganadera y talladora de lechuguilla. El riego no benefició a sus habitantes, por lo que gran parte de la población se incorporó como fuerza de trabajo a la agroindustria. El carácter temporal del trabajo y los bajos salarios obligaron a muchos hombres a emigrar a los Estados Unidos, tendencia que hoy continúa, sobre todo entre los jóvenes, quienes al terminar la primaria ven en la migración una alternativa laboral. Dicha tendencia ha aumentado en los últimos siete años debido al cierre de las principales empresas del valle, por la escasez de agua.

En San José del Arbolito hay 445 habitantes en asentamientos muy dispersos. Como gran parte de las comunidades del altiplano potosino, es endogámica: la mayoría de las familias mantienen algún vínculo de parentesco, y sólo si es de primer grado, los matrimonios están prohibidos; aunque se dan matrimonios entre hombres y mujeres de comunidades circunvecinas, éstos casi no se presentan.

El índice de analfabetismo es alto entre la población mayor de 40 años, ya que la primaria se comenzó a impartir a principios de los años setenta. Actualmente hay una primaria y una telesecundaria.⁸ Las mujeres de 15 a 20 años han cursado la secundaria. Esto se explica porque son ellas las que se quedan en la comunidad y son acreedoras a las becas que proporciona el Programa de Educación, Salud y Alimentación (Progres).⁹ Al terminar, las jóvenes no suelen continuar estudiando debido a las pocas oportunidades que ofrece la región.¹⁰ Por eso, el empaque Express se ha convertido en una alternativa para estas jóvenes, que esperan ansiosas la temporada de jitomate para ir a trabajar, y, como dice doña María: “Es una manera de que las muchachas salgan de la casa”.

La mayoría de jóvenes de la comunidad trabaja durante la temporada de tomate en el empaque Express, por ser el más cercano, aunque otras lo hacen en el empaque Quintanilla, el cual está en el municipio de Moctezuma (una camioneta las recoge a las nueve de la mañana y las lleva cuando termina la jornada, que puede prolongarse hasta la madrugada). Para las jóvenes no es problema desplazarse al empaque Quintanilla, pero no todos los padres las dejan ir tan lejos, según comenta doña María:

Yo prefiero que trabajen aquí; mis otras hijas también allí trabajaron. Muchos papás no las dejan ir porque dicen que es un trabajo muy “descarado”, por eso mujeres casadas no trabajan en los empaques a menos que sus maridos trabajen allí; van puras solteras, mujeres que no tienen marido.

Angélica es una joven tímida y tiene pocas amigas, según su madre, porque casi todas las muchachas de su edad ya están casadas. Ella lo confirmó, pero también señaló: “Las muchachas de un de repente me dejan de hablar”. Angélica, como la mayoría de las jóvenes de la comunidad, trabaja en el empaque durante la temporada de tomate.

La entrada es a las 11 de la mañana. A esa hora, Angélica ya ha colaborado en el aseo de la casa, actividad que inicia a las siete de la mañana, en cuanto se levanta. Doña María, también desde temprano, prepara el almuerzo y el “lonche” que Angélica llevará al empaque. Al terminar “sus obligaciones”, Angélica se baña y se arregla; con sumo cuidado, peina su larga cabellera,

⁸ La telesecundaria comenzó a funcionar en el valle en la década de los ochenta, en las comunidades con más habitantes.

⁹ Las becas se otorgan a las familias que envían a sus hijos a estudiar a la telesecundaria de la comunidad.

¹⁰ Hay un Centro de Bachillerato Técnico Agropecuario (CBTA) en la cabecera municipal, pero pocos padres pueden o quieren dejar ir a sus hijas a estudiar ahí, y mucho menos a la ciudad de San Luis Potosí.



se maquilla y elige la ropa y los zapatos que se pondrá para ir a trabajar: pantalones de mezclilla –muy ajustados porque, según dice, ha subido de peso– y una blusa de tela delicada y color llamativo. Después de probarse varios zapatos, se calza los de plataforma alta, lo cual horas después lamentará. A las 10:30 recoge el “lonche”; doña María le recomienda llevar un suéter, pues no sabe a que hora terminará. Angélica toma una botella de agua de la tienda: “Hay que llevar agua porque en el empaque no hay, casi todas llevan refrescos pero yo prefiero agua porque estoy a dieta”. Prudencia, su prima, que vive en la casa de al lado, la espera para irse juntas. Prudencia tiene 14 años y estudia secundaria; su aspecto es más llamativo que el de Angélica; hace dos años que trabaja en el empaque Express. Su primera temporada fue en el empaque Quintanilla, y le gustó porque ahí conoció nuevas amigas; trabaja durante las vacaciones y regresa a la escuela. Al respecto, Angélica comentó: “Aquí casi todas terminamos la secundaria, la hicimos en la telesecundaria del rancho, aunque casi ninguna sigue estudiando, a mí me hubiera gustado estudiar aunque sea el CBTA, pero no encontré una compañera con quien irme y no me dejaron ir sola”.

Por el camino, las primas se juntaron con otras dos muchachas que platicaban alegremente con unos muchachos; eran Gota y su prima Agustina, también primas de Angélica y Prudencia (aunque lejanas). Gota tiene 18 años, y Agustina 17; llevan varias temporadas trabajando en el empaque; las dos visten de forma moderna y actúan con desenvoltura. Al grupo se unieron otras muchachas; algunas se detienen a comprar refrescos, ya que en la tienda del empaque se los venden más caros, o frituras que comen durante el trayecto.

Después de caminar un kilómetro, Angélica y sus compañeras llegan al rancho Express. En los campos,

los jornaleros cosechan desde las siete de la mañana. El trabajo en los empaques comienza más tarde para dar tiempo a que llegue el tomate. Angélica se une a los demás trabajadores que llegan en bicicleta, en camionetas o a pie.

En el empaque, los trabajadores se distribuyen en diferentes lugares: los armadores se dirigen a los tejabanes anexos al empaque, donde arman las cajas; los estibadores suben al área de carga; y los trabajadores periféricos, cargadores, cajeros, enceradores, etiquetadores, que no tienen posición fija, rondan por distintos lugares. Las empacadoras ocupan su posición en las bandas frente al color y calidad que les toca empacar, y las rezagadoras, en las posiciones asignadas por el encargado. Al respecto nos dice Angélica:

Aquí, cada una sabemos dónde nos toca, aunque mi primo Tereso –el encargado– luego nos cambia. A mí siempre me pone en las primeras, pero ahora me toca con otra de las muchachas barrer el empaque y limpiar los baños. Cada día nos toca a diferentes. En el empaque Quintanilla sí tienen quien les haga el aseo, pero esa persona es la que les checa cuánto tardan en ir al baño, mientras que acá no tenemos quien nos cheque.

Pocos minutos antes de las 11 de la mañana las bandas se ponen en marcha y comienzan a pasar los tomates en grandes cantidades, que las rezagadoras, con mucha agilidad, apenas alcanzan a empujar hacia los cajones. Gota, quien ocupaba las primeras posiciones, apenas se daba abasto para seleccionar el rojo de primera calidad; comentó: “Este tomate se llama tequila y dicen que cuesta 5 000 dólares la libra, por eso está muy bonito. El que salió ayer fue ‘yaquí’, y estaba muy chico; nosotras preferimos éste, ya que es más fácil de escoger”.

El inicio fue muy intenso, sobre todo en las primeras posiciones, donde había hasta cuatro rezagadoras sacando todo el producto, y si bien platicaban entre sí, la cantidad que pasaba no las dejaba despejar la vista de la banda. Gota, siempre sonriente, platicaba con Tereso, el encargado, quien constantemente pasaba a supervisar el trabajo, entre severo y bromista, amenazando con mandarlas a las terceras calidades. Las rezagadoras, en el mismo tono de broma, lo retaban diciendo que se irían a otro empaque.

Las advertencias de Tereso continuaban, sobre todo cuando algún muchacho se acercaba a platicar o a cortejar a alguna trabajadora –lo que frecuentemente sucede–. En estas cortas entrevistas hacen tratos para verse en otro lugar. Algunas trabajadoras que han concertado una cita solicitan a la revisadora permiso para ir al sanitario, que sólo se concede si no hay mucho tomate y con la condición de que una compañera haga su trabajo; si se llevan bien con la revisadora, ella se queda en su lugar hasta que regresan. Varios empresarios se quejan de estas salidas de las trabajadoras locales.

En general, la faena se desarrolla en un ambiente de bromas, dobles sentidos, complicidades y cortejos, que mitigan lo extenuante de la jornada.

Si bien las primeras posiciones son las más cotizadas, también son las áreas de más presión y control de calidad. La supervisión a las rezagadoras es muy rigurosa: por un lado está el encargado, quien frecuentemente controla las bandas, presionando para que hagan bien y rápido el trabajo; por otro, está la revisadora, quien supervisa los cajones; y otra presión para las rezagadoras son las empacadoras o empacadores, quienes les regresan el producto mal seleccionado. Si con el encargado y la revisadora los reclamos se devuelven en forma de broma, con las empacadoras la relación es más tensa; las rezagadoras se sienten agredidas por sus reclamaciones y, aunque no les contestan verbalmente, se enojan y se refieren a ellas como “muy creídas”. En algunos empaques, los dueños directamente supervisan el trabajo, situación que presiona más aún a las mujeres. En el empaque Express toda la responsabilidad es de los encargados; esto propicia un ambiente más relajado, ya que todos son parientes o se conocen, y hay solidaridad entre los trabajadores para que el trabajo salga bien y no se tomen medidas de vigilancia, como sucede en otros empaques.

A las tres de la tarde, las máquinas dejan de sonar y los trabajadores, en grupos, se dirigen a almorzar.

Angélica, Gota, Prudencia y Agustina exprimieron unos tomates en sus manos para limpiarlas: “Aquí nos lavamos con tomates, ya que no hay agua”; se juntaron con otras muchachas y muchachos y compartieron su comida, entre charlas sobre los bailes, la “disco” y la fiesta de quince años de alguna amiga, y sobre el próximo evento para elegir a la reina del empaque.¹¹ Se mencionó que todos los años ganan las del empaque San Javier: “Como es el empaque más grande, don Herminio (el dueño) seguramente pone dinero”.¹²

Al terminar, Gota y su prima se separaron del grupo y se fueron con unos muchachos a caminar. Angélica se quedó a recoger y limpiar, mientras que Prudencia se acercó a las muchachas que veían ropa, cosméticos y muñecos de peluche que una mujer les lleva a vender. Algunas rezagadoras llenaron sus botellas de agua, luego de pedir permiso de usar la manguera a un hombre que lavaba las llantas de su tráiler, pues más tarde el calor se intensifica en el empaque.

A las cuatro se reanudó la jornada. Prudencia se retocó probando el lápiz labial que acababa de adquirir. Angélica arregló su cabello y se preparó para rezagar, contrariada porque Tereso la mandó a las terceras, que “es el más feo”, y comentó que a ella siempre la había puesto en las primeras, pero que seguramente mañana volvería a su lugar.

Angélica es discreta en su arreglo, y sus kilos de más la hacen poco atractiva respecto a Gota y a sus primas, más altas y arregladas de manera más llamativa. Casi todas se visten con *jeans*, playera y tenis, y arreglan su pelo a la moda. El empaque se convierte en un campo de competencia donde las trabajadoras lucen su figura y su ropa; resaltan la juventud, el arreglo y el entusiasmo, además de la destreza y habilidades en sus tareas, todo lo cual se refleja en la posición que ocupan en las bandas.

Esta distribución suele ser estable durante toda la temporada, salvo que alguna trabajadora haya transgredido alguna regla, por lo cual puede ser sancionada con perder su posición. En este sentido, el espacio es fundamental, pues no es lo mismo estar seleccionando las primeras calidades que las terceras, donde el olor es muy fuerte, por la madurez del tomate, las manos se ensucian más y el producto es muy pequeño, lo que dificulta su selección. Además, se hace pública su inexperiencia y se interpreta como falta de atributos personales, sobre todo ante el personal masculino.

¹¹ Concurso de belleza que se realiza el 15 de septiembre en la Feria del Tomate. En este concurso participan sólo rezagadoras.

¹² Al respecto, un empresario nos comentó que ellos prefieren no competir, pues don Herminio se enojó con él y con sus hermanos, porque una trabajadora de ellos ganó el concurso el año pasado: “Él siempre quiere que su empaque sea reconocido por tener las trabajadoras más guapas”. Es frecuente que los empresarios se disputen a las más bellas.

Gota ocupa la primera posición en la banda, donde se seleccionan las primeras calidades; su habilidad, adquirida durante tres años, sus atributos físicos, arreglo y forma de ser –abierta– le han otorgado este lugar. A lo largo de la jornada, la interacción entre las rezagadoras es constante; las más jóvenes bromean y platican entre sí y con los muchachos, más que las de mayor edad y experiencia que ocupan las primeras posiciones. Es común que las jóvenes dirijan algún albur, mirada o sonrisa a los encargados. La solidaridad entre ellas es muy fuerte, como se demostró en el empaque Paulina, cuando falleció un familiar de una de las rezagadoras y el patrón les negó el permiso para que la acompañaran; entonces se generó tal descontento que todas se negaron a trabajar, y el patrón no tuvo más remedio que darles el día. Sin embargo, la interacción con las empacadoras sinaloenses es casi nula. Éstas platican poco y sólo entre ellas; las locales las consideran muy “creídas y más rígidas”, aunque respetan su trabajo, que consideran muy pesado. Prudencia dijo que intentó levantar una caja de jitomate de 30 kilos y no pudo; sin embargo, las empacadoras lo hacen entre 200 y 300 veces en su jornada.

Las sinaloenses tienen como referente su lugar de origen. Para Fátima, que viene al Valle de Arista desde hace seis años, no hay otro sitio como Sinaloa: “Allá todo está tecnificado”, “el rezago se hace por computadora”, “allá hay mucho trabajo”, “mucho agua”. Por su parte, Vicki, con diez años de experiencia en el valle, señaló: “Las de Sinaloa somos muy abiertas, muy presumidas, nos arreglamos mucho, nos bañamos hasta dos veces al día, así somos allá”. Estas expresiones resaltan su identidad como sinaloenses y marcan su diferencia con las aristenses.

A las diez de la noche los rostros de las jóvenes, aunque denotaban cansancio, seguían frescos y entusiastas. A las 11, las máquinas dejaron de funcionar. Gota, con expresión de fatiga, mencionó: “Ya se acabó, ahora hubo poco tomate, ayer acabamos casi a la una de la mañana”. Al parar las bandas, las trabajadoras rápidamente dejaron sus posiciones. En la salida, se formaron grupos y se juntaron algunos muchachos. Por el camino, Angélica dijo: “A muchas las vienen a dejar los novios, algunas ya tienen y otras lo consiguen aquí en el empaque; ellos no son de aquí, son de fuera”. A la entrada del pueblo, Angélica se encuentra a su tía, quien le dice: “¿Ya terminaron? Las muchachas [sus hijas] están saliendo a la una [del empaque Quintanilla] ¡qué gusto por ir a trabajar! Éstas [dos niñas de ocho y diez años de edad] también ya se quieren ir al empaque”.

Con su andar lento Angélica muestra el cansancio de estar de pie durante más de diez horas y dice: “Sí me canso, pero bueno, yo soy la que quiero venir. Mañana me pongo otros zapatos más cómodos”.

La construcción de una nueva identidad

Durante dos décadas, las mujeres aristenses han internalizado el referente sinaloense a través de un enfrentamiento entre códigos locales y externos. En torno a los referentes de Sinaloa, se han construido las nuevas identidades sociales o laborales de las trabajadoras del Valle de Arista.

Entenderemos por identidad de las trabajadoras la percepción que ellas tienen de un “nosotros” –las de Arista– relativamente homogéneo frente a los “otros” –las de Sinaloa–, con base en atributos, marcas o rasgos distintivos seleccionados y valorados de manera subjetiva, que a la vez funcionan como símbolos que delimitan el espacio de la “mismidad” identitaria (Giménez, 1994b: 170). Se considera a la identidad un elemento de la cultura distintivamente internalizada, que los sujetos incorporan como representaciones sociales.

La identidad es el lado subjetivo de la cultura, contemplada desde el ángulo de su función distintiva. Mas no es suficiente que la persona se perciba distinta bajo algún aspecto, también debe ser percibida y reconocida como tal por el complejo social, por lo que la distinción debe ser reconocida por los demás en contextos de interacción y comunicación social (Habermas, 1987). En suma, toda la identidad requiere la sanción del reconocimiento social para existir social y públicamente.

Para abordar los elementos y las características que definen la especificidad del grupo de trabajadoras en cuestión, retomo tres elementos diferenciadores: la red de pertenencias sociales, los atributos distintivos y la biografía personal (Giménez, 1998).

La pertenencia social es uno de los criterios básicos que distingue a las trabajadoras. Por ejemplo, Angélica y sus primas pertenecen, en primera instancia, a su familia, a su comunidad y a un determinado grupo de trabajadoras (las rezagadoras). Esto implica, además de conocer un oficio, ser jóvenes y solteras. A la vez son mujeres, y de la comunidad de El Arbolito. Esta pluralidad de pertenencias las define y constituye la identidad de Angélica y de sus primas. Pero, para que ellas se sientan y sean reconocidas como pertenecientes a estas colectividades, es necesario experimentar un sentimiento de lealtad a las mismas, esto es, compartir el complejo simbólico-cultural que funciona como emblema de los mismos. En el ámbito de los empaques, ellas han reconceptualizado dicho complejo laboral en términos de representaciones sociales, de modo que piensan y actúan sobre la actividad laboral de acuerdo con ciertas representaciones sociales que comparten con las demás rezagadoras. Ellas ven el trabajo en los empaques como una alternativa que les ha permitido salir de sus casas, conocer gente, relacionarse afectivamente y construir mundos laborales extralocales.

Las rezagadoras también se distinguen por determinada configuración de atributos, los cuales pueden ser considerados aspectos de su identidad, es decir, “un conjunto de características tales como disposiciones, hábitos, tendencias, actitudes y capacidades, a lo que se añade lo relativo a la imagen del propio cuerpo” (Lipianski, cit. en Giménez, 1996: 15). Algunos atributos tienen significación individual y funcionan como rasgos de personalidad. Gota es reconocida hábil en el oficio, abierta en su forma de ser, guapa, alegre, etcétera. Muchos de sus atributos derivan de sus diferentes pertenencias sociales.

Por su parte, las empacadoras sinaloenses que llegan al valle son reconocidas como mujeres experimentadas en un oficio, *liberales, presumidas, guapas, alegres, abiertas*. En relación con ellas, las trabajadoras de Arista son más jóvenes, poco experimentadas, platicadoras y menos responsables; así se observó en la percepción de un empresario:

Véalas, las trabajadoras de aquí platican mucho entre ellas, y cada rato están pidiendo permiso para salir al baño. En cambio, vea a las de Sinaloa: están concentradas en su trabajo, por eso yo traigo gente de Sinaloa, son más responsables.

Sin embargo, la percepción que se tiene de las personas es variable en el espacio y en el tiempo; no es lo mismo ser trabajadora en el Valle de Arista que en Sinaloa, ni tampoco ser trabajadora hoy o en los años ochenta. Ahora, estas mujeres son valoradas positivamente, mientras que hace 20 años las pioneras tuvieron que enfrentarse al menosprecio social que las definía como mujeres “descaradas” por trabajar en los empaques.

Finalmente, las rezagadoras son reconocidas también por su trayectoria personal, la cual da coherencia y orientación a su vida y las distingue de las demás, aunque su vida se articula a la historia de su familia y de su comunidad; comparten una historia de escasez, pobreza y asilamiento, vinculada con su entorno ecológico. La carencia de agua y servicios de estas comunidades las ha conducido a generar estrategias creativas, por ejemplo, el uso de los tomates para limpiarse y guardar el agua que llevan de sus casas para beber.

En el caso de las sinaloenses, su historia es diferente: “Allá –en Sinaloa– hay mucha agua y nos bañamos hasta dos veces al día”; “ellas –las sinaloenses– nos enseñaron hasta a bañarnos”, nos habla de un contexto ecológico diferente, que algunas de ellas lamentan en el valle: “Aquí no hay agua”, “la gente come ratas”, “no hay fruta”, etcétera.

En ambos casos, las representaciones sociales desempeñan un papel estratégico y definitorio, ya que

delimitan la identidad y especificidad de los grupos. Su función es situar a individuos y grupos en el campo social, y permitir la elaboración de una identidad social y personal significativa, es decir, compatible con su sistema de normas de valor social e históricamente determinados y compartidos por el grupo de pertenencia (Giménez, 1996).

En síntesis, las trabajadoras se ven a sí mismas y son reconocidas como pertenecientes a una serie de colectividades, con unos atributos y una trayectoria personal, familiar y comunitaria. Esta percepción constituye la matriz cultural que conforma la identidad social de estas trabajadoras, es decir, las configuraciones básicas internalizadas que se expresan en el conjunto de saberes, pautas de comportamiento, respuestas, actitudes y conductas.

Por eso observamos la cultura internalizada de las trabajadoras como generadora de procesos identitarios, donde el trabajo ocupa una parte importante en su existencia social. Además, sus representaciones sociales respecto a él constituyen el conjunto de valores, representaciones y percepciones que han interiorizado en relación con su actividad laboral, aspectos que han modulado sus prácticas sociales y su visión del mundo, más allá del ámbito espacial y del marco temporal en los cuales tienen lugar los procesos de trabajo (da Silva, 1995). De ahí que las culturas laborales, como señala Zurla (1989-1990: 112-113), estén conformadas por modelos cognitivos y motivacionales con los que los hombres definen valores y orientan el trabajo.

La cultura laboral en el Valle de Arista puede ser vista como un sistema de producción de sentidos y significados que se articula con las representaciones sociales de las trabajadoras. Ello supone una selección de valores y normas expresados dentro de la colectividad trabajadora, en su interacción con otros grupos laborales y con la sociedad global.

Conclusiones

Podemos decir que las trabajadoras del Valle de Arista han resignificado el trabajo en la agroindustria y lo han convertido no sólo en un espacio de trabajo, sino en espacios de resocialización, donde las jóvenes han internalizado la nueva cultura del trabajo y han reconstruido su identidad sobre la base de su cultura particular.

Ellas aprendieron una nueva forma de “ser mujer”, a imagen y semejanza de las sinaloenses, quienes se constituyeron en un referente simbólico valorizado social y culturalmente. Tal parece que entre más se aproximan a este referente, más oportunidades tienen de encontrar pareja, como en el caso de Angélica y sus primas.

Concluimos que la tendencia es reproducir el modelo agroindustrial sinaloense en el Valle de Arista. Los atributos que identifican a las sinaloenses como hábiles, responsables, leales, guapas, alegres, abiertas y bien presentadas están relacionados con la historia de esta actividad en Sinaloa. Bajo el mismo modelo, los empresarios en Arista buscaron y formaron un personal local "calificado", el cual les diera los mismos beneficios que el de Sinaloa en un contexto diferente.

La adaptación del modelo sinaloense ha sido significativo en la cultura laboral del valle; las mujeres aprendieron e interiorizaron los nuevos oficios y conocimientos tomando como referente el modelo de *ser trabajadora* de las sinaloenses.

La rezagadora de hoy no aspira a ser empacadora; le gustaría "para ganar un poco más", pero, como mencionó la mayoría, reconoce la imposibilidad de llegar a empacar: "A nosotras no nos dejan empacar", "ahora ocupan hombres", "ellos trabajan donde quieren y ganan lo que quieren", "nosotras no, siempre vamos contratadas", "es un trabajo muy pesado, preferimos mejor rezagar".

Ellas han resignificado el trabajo con base en sus propios intereses y proyectos. El trabajo es para acceder al matrimonio y a lo que hasta hace algunos años les era prohibido: trabajar, ganar dinero, vestir y arreglarse de forma moderna y viajar. Respecto a lo anterior, menciona doña Paula -pionera en el trabajo asalariado agrícola-: "Ahora la mujer ya vale y en aquel tiempo no valía, la mujer no tenía validez, y ahora no, las muchachas de Arista ya participan".

Bibliografía

- DA SILVA, LEILA
1995 "Género y trabajo: trayectoria de una problemática", en *Sociología del Trabajo*, Nueva época, núm. 25, otoño.
- GIMÉNEZ, GILBERTO
1994a "La teoría y análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos", en González Galindo, *Metodología y cultura*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- 1994b "Comunidades primordiales y modernización en México", en Gilberto Giménez y Ricardo Pozas, eds., *Modernización e identidades sociales*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto Francés de América Latina, México, pp. 151-183.
- 1996 "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en *Frontera Norte*, vol. 9, núm. 18, julio-diciembre.
- 1998 *Territorio, cultura e identidad. La región socio-cultural*, México, mecanoscrito.
- HABERMAS, JÜRGEN
1987 *Teoría de la acción comunicativa*, vols. I y II, Taurus, Madrid.
- LARA, SARA MARÍA
1993 "Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: Historia de una calificación escatimada", en Soledad GonzálezMontes y Vania Salles, coords., *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, El Colegio de México, México, pp. 165-186.
- 1998 *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*, Juan Pablos Editor/ Procuraduría Agraria, México.
- MAISTERRENA, JAVIER, E ISABEL MORA
2000 *Oasis y espejismo. Proceso e impacto de la agroindustria de jitomate en el Valle de Arista, S.L.P.*, El Colegio de San Luis/ Secretaría de Ecología y Gestión Ambiental del Gobierno del estado de San Luis Potosí/ Sistema de Investigación Miguel Hidalgo, Conacyt.
- RONNER, LUCILA
1981 "Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del Municipio de Ensenada, Baja California Norte, México", trabajo realizado para la Organización Internacional del Trabajo, Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro.
- SALAZAR, GILDA
1986 "Las obreras agrícolas en un cultivo de hortalizas. Estudio de caso en el Valle de Culiacán, Culiacán, Sin.", tesis de licenciatura en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- ZURLA, PAOLO
1989-1990 "Calidad y cultura del trabajo en los años ochenta", en *Sociología del Trabajo*, Nueva época, núm. 8, invierno.